

CAPITULO II

Invasión del imperio por los bárbaros

El precedente bosquejo, aún siendo imperfecto por la escasez de los historiadores nacionales y por desdeñar negligencia de los extranjeros, basta para demostrar que es un error grave representar la gran invasión como efecto repentino de un vértigo general, como un levantamiento en masa para arrojarse sobre el imperio, determinando, ora por una liga armada que no debía tener más término que la conquista, ora por el arrollamiento de una oleada de hiung-nous, expulsados de la China y confundidos equivocadamente con los hunos. Jamás se había interrumpido el movimiento, y aquellas poblaciones venidas de Oriente, semillero de naciones más bien que lo ha sido el Septentrion, se habían adelantado más ó ménos, aunque sin cesar nunca de marchar hácia el Norte de Europa, empujándose y rechazándose alternativamente, combatidos por los indígenas, por los boios, por los lectones y por los celtas. La última emigración indo-germánica arrebató á estos países llamados actualmente Austria, Ungría, el bajo Danubio y todas las comarcas que desde allí se extienden hasta los Países Bajos con la ribera izquierda del Rhin, desde Spira hasta Estrasburgo.

Quizá el impulso de los germanos que había empujado á los galos hácia los países del Mediodía, ora para incendiar á Roma, ora para saquear la Dacia y el templo de Delfos y para establecerse en la Italia superior, así como en la Galacia. Después de ellos cruzaron los teutones los Alpes en tiempo de Mario; César les estorbó en seguida ocupar la Helvecia, guiándolos Ariovisto. Cuando encontraron aquella otra oleada romana que iba en sentido contrario á invadir el país, estuvieron contenidos por ella largo tiempo, aunque no tranquilos.

Vino á ser el Danubio límite septentrional del imperio; fué guarnecido como el Rhin con una línea de fortificaciones y con una trinchera de tierra desde Ratisbona hasta la confluencia del Lahn y del Rhin; y mientras se hallaban así refrenadas las escursiones de los germanos no avasallados, los que se encontraban más acá de este río aceptaban los usos, la industria y la

opresión de los vencedores. Roma se había propuesto en un principio exterminar á los germanos como había exterminado á los galos, ó á lo ménos destruir enteramente sus costumbres, su gobierno, su lengua; pero el desastre de Varo demostró la imposibilidad de la empresa; y en vez de atacarlos abiertamente, se reconoció que valía más fomentar entre ellos las discordias, favoreciendo ya un pueblo, ya á otro. De este modo modo consiguieron los romanos aliarse algunos como los cheruscos y los bátavos, hacer á otros tributarios como los frisones y los caninefatos, ó enervar con los goces de la civilización á sus jefes.

Sin embargo, no permanecían tranquilos sus establecimientos, y tan pronto se sublevaban los cheruscos con Arminio, como cedían el territorio y la dominación á los longobardos; después Marobod arrojaba á los boios de sus antiguas moradas é instalaba allí nuevas poblaciones; Claudio Civilis llegaba enseguida á restablecer la fortuna de los bátavos.

La tentativa de Marobod para fundar un gobierno al estilo romano lo hizo odioso; y si abortó el gran proyecto de Arminio de reunir á todos los germanos, á lo ménos conservó la nación su originalidad y su independencia. Vendidos muchas veces los germanos por la táctica romana, conservaron sus costumbres, su lengua y su gobierno en donde les fué posible; y si de vez en cuando se vanagloriaba el orgullo romano de haber destruido á aquellos enérgicos pueblos, no tardaron en desmentirle volviendo á levantarse vigorosos para descargar nuevos golpes sobre el Capitolio, cuya roca había cesado de ser incontrastable.

Es verdad que Trajano penetró bastante adelante hácia el Nordeste, y que sus conquistas adquirieron importancia por la reducción á provincia de la Dacia, donde estableció una numerosa colonia de soldados que, mezclándose con los naturales, formara la nación valaca, orgullosa todavía de su origen romano. Bajo Marco Aurelio se adelantaron los marcomanos hasta Aquilea; y á contar desde esta época, el número de alemanes empleados por Roma en la guerra, en las magistraturas y en las colonias, se aumentó de una manera notable.

En lo interior cambiaron mil veces de residencia las tribus. Cuando tornaran á apare-

cer los alemanes en el siglo III, habitan entre los Alpes, el Mein, el Danubio y el Rhin; los sajones á lo largo del mar del Norte, desde la embocadura del Ems hasta el Eider; los suevos sobre el territorio ocupado en otro tiempo por los boios y los nariscos. En la Germania Oriental los godos habían extendido su dominación desde el Báltico hasta el Mar Negro y el Danubio; los alanos al Norte del Mar caspio, hasta el límite de Europa y de Asia.

Había, pues, muchos siglos que duraban estos movimientos en sentidos diferentes, y nadie sería capaz de determinar sus numerosas causas. El hambre, la peste, las inundaciones, el estímulo de una patria más fértil, guerras intestinas, oráculos, rivalidades entre reyes, el amor de las conquistas, la sed del saqueo y de sangre, arrastraban á cada pueblo á arrollar á otro. A veces un jefe de banda á la cabeza de una tribu, comenzaba excursiones; luego, aventurándose á la obra, iba más allá de lo que se había propuesto en un principio. Abandonado el país por aquellos aventureros, no dejaba recuerdos ni pesares á gentes que llevaban consigo sus familias, sus dioses y cuanto les pertenecía.

Cuando posteriormente vieron á los romanos enervarse en su resistencia, ceder algunas de sus provincias, no oponerles en otras más que una muralla, su audacia les empujó hácia adelante. Parecióles dulce el saqueo en países cultivados y ricos, y los atrajo de un modo irresistible; tuvieron á gloria humillar á la nación que les denominaba bárbaros, y se precipitaron en masa como cuando un dique del Pó llega á romperse y se derraman sus aguas por las campiñas. Pero nadie dice entonces que no hace más que empezar á correr y que su impetu es nuevo en un todo.

Parece que el impulso partía de lejos, porque los primeros invasores no fueron los pueblos limítrofes, sino hordas venidas de más remotos países; desde luego los hunos del Volga, después los alanos del Tanaís y del Boristhenes, en seguida los vándalos de la Panonia. Después de ellos vienen los godos de la Germania Septentrional, siguiéndoles los herulos y los turingios de la Germania Central; por último, los francos de sus comarcas meridionales y los borgoñones de la gran Polonia.

Los más notables en número son los godos. Los cánticos nacionales y las antiguas leyendas los colocan, parte en el continente al rededor del Báltico, en un país llamado *Neid-Gothland*, probablemente entre las embocaduras del Vístula y del Oder, y parte en las islas *Fy-Gothland*, que debe ser la Escandinavia. Jornandés, escritor godo del siglo V, los hace originarios de estos países; además, aunque ignorante y testigo tardío, tenía á su alcance los autores que le habían precedido. Señala ya los pueblos de Ostrogotia, de Vagoth ó Vestgotia, de Suetham ó suecos; de Finnaith, que es el distrito de Fenoed en el Smaland, de Romáica y de Roñárica en la Noruega meridional. Hay otros nombres que han sufrido tal alteración que no se podría acomodarlos á la forma moderna. Esta división en ostrogodos ó godos orientales, y en visgodos ó godos occidentales, que tuvo por origen su posición respectiva en su península natal, fué conservada por los godos en todas sus emigraciones sucesivas.

Añade su tradición que salieron de la Escandinavia en tres bajeles, de los que habiéndose quedado una atrás, los que lo montaban recibieron el nombre de gépidos; es decir, perezosos.

Estos pudieron quizá ser tres grandes familias de la misma nación, numerosa y guerrera, que poseían mejor que cualquier otro pueblo germánico la tradición de una divinidad real hereditaria. Dependían los ostrogodos, aunque sin obedecerla, de la raza de los amalos; los visogodos de la de los baltos, quienes se jactaban de descender de los ansos, sus semidioses.

Signieron en un principio las márgenes del Vístula y después la cadena de los montes Cárpatas. En tiempo de los Antoninos habitaban la Prusia. Cuando la dejan, absorben á arrollan á los herulos, los burgundos y demás pueblos, de raza vándala, acaso como los longobardos, esparcidos á lo largo del Oder y del litoral de la Pomerania y del Mecklemburgo. Avidos de hazañas y de botín, descienden al valle del Prypec, arrastran tras sí á los bastarnos, se arrojan entre los kazigos y los roxolanos, y se encuentran á la embocadura del Borysthenes y del Tanaís.

Una vez dueños de la Ucrania, hubieran podido establecerse en estas fértiles campiñas

y en medio de sus caudalosos rios, si el reposo no hubiese repugnado á su activa naturaleza. Desplegábase á su vista la Dacia, en donde un pueblo laborioso cultivaba un fecundísimo suelo, se enriquecía con la industria, y al que una larga paz habia hecho descuidar los medios de defensa contra enemigos, de quienes se creía bastante léjos para temerles. Los godos la invadieron y avanzando hasta los muros de Marcianópolis, capital de la segunda Mesia, que redimió por medio de un considerable rescate, ¡deplorable vía de salvacion! Poco tardaron en presentarse de nuevo y en mayor número; el emperador Decio (280), que habia ido allí en persona para combatirlos, fué testigo de la derrota de su ejército, del saqueo de su campamento y de la toma de Filopopolis; cien mil ciudadanos fueron allí exterminados. Prepárase á cortarles la retirada á la cabeza de nuevas fuerzas; pero reducidos á combatir con el ardimiento que engendra la desesperacion, salieron aún vencedores, y dieron muerte al mismo emperador. Apresuróse su sucesor á dejar libre el paso á los bárbaros, quienes se retiraron llenos de orgullo con inmenso botín y recibieron de él la promesa de un tributo anual.

¿Qué medio podria emplearse mejor que éste, para inspirar á los demas el deseo de tomar á su vez la ofensiva? Desde entonces no dejaron de lanzarse nuevas hordas sobre las provincias limítrofes, como una presa ya segura; rechazados á veces, aparecian sin cesar de nuevo, sobre todo cuando los ejércitos se hallaban ocupados en combatir por las rivalidades de los competidores del imperio. Valerio y Galieno opusieron un valor obstinado á estas renacientes invasiones, sin poder impedir no obstante que penetrasen muchas bandas, saqueándolo todo á su paso, hasta las fronteras de la Macedonia y de la Italia. Claudio II que los rechazó de la Península, ganó por ello el sobrenombre de Gótico, y les cogió un rico botín, sin hacer mencion de los ganados y de las mujeres.

De la Ukrania, á donde se habian detenido, pasaron los godos á la costa septentrional del Euxino, de la que no tardaron en hacerse dueños. Encontráronse de esta manera á la vista de las hermosas y ricas provincias del Asia Menor, donde fijaban codiciosas miradas, y qui-

dieron comunicarse con los Palus-Meotidas, por el estrecho en que se hallaba erigida la capital del reino del Bósforo. Decaido este estado del poder que su situacion le daba, desde donde le oponia una barrera á los sármatas á la par que dominaba sobre el Ponto Euxio y el Mar Negro, fué desgarrado por discordias intestinas en medio de las cuales se recurrió á la asistencia de los godos. Montando éstos barcas chatas y ligeras, que están en uso por aquellas aguas, y en cuya construccion no entra para nada el hierro, se presentaron delante de Pizio, en la última frontera de las provincias romanas; repelidos por la vez primera, volvieron á la carga y destruyeron la ciudad. Torciendo entonces á la costa oriental del Euxino con intencion de talar el país famoso por la expedicion de los argonautas, osaron atacar á Tribizonda, antigua colonia de los griegos, ciudad rica y poblada, ceñida con una doble hilera de murallas, y cuyo puerto estaba recién construido. Apoderáronse de ella de noche y por sorpresa, la saquearon y la entregaron á las llamas. En seguida recorrieron libremente el Ponto, y llevaron á sus nuevos establecimientos del Bósforo un botín inmenso y gran multitud de esclavos.

El venturoso éxito de su audaz tentativa les extimuló á comenzar de nuevo, y con mayores fuerzas en hombres y bajeles se pusieron á navegar á lo largo de las costas occidentales del Euxino hasta el estrecho en que el Asia dá frente á Europa. La guarnicion de Calcedonia, aún siendo mas numerosa que sus acometedores, les abandonó sus armas y las riquezas de sus habitantes. Un traidor (jamás faltó un hombre de esta especie en las guerras de Grecia) les condujo á Nicomedia, antigua residencia de los reyes de Bitinia, que fué saqueada, así como Nicea, Prusia, Apamea, Chio y todo el país que una larga paz habia enriquecido y enervado. Ni aún la misma Cizica, edificada sobre un islote de la Prepóntida, que habia resistido al gran Mitrídates, hubiera podido evitar su ruina, si un desbordamiento extraordinario de los rios no hubiera contenido á los godos.

Pero atestados con los despojos de tantas comarcas, equiparon en la época en que la navegacion es más peligrosa en aquellas playas, entre Setiembre y Mayo, una escuadra de qui-

nientos buques de menor porte de la clase de los piratas y destruyeron á Cizica, penetrando en el Bósforo de Tracia. Saliendo en seguida del Helesponto, cruzando entre las islas del Mar Egeo, cayeron despues sobre el Pireo y se apoderaron de la ciudad de Minerva. Dexippo reunió á toda prisa una tropa de aldeanos, á quienes se juntaron algunos soldados, y á su cabeza asaltó la escuadra enemiga, que fué incendiada por hallarse desguarnecida de tropas. Exasperados los godos sembraron la desolacion por toda la Grecia, donde se habia borrado hasta el recuerdo de aquel patriotismo que en otros tiempos le habia comunicado fuerza para repeler al innumerable ejército de los persas. Tebas, Argos, Corinto, Esparta, todo el país entre la punta oriental del Sunio y la Epira occidental fué entrado á sangre y fuego; ya los godos marchaban sobre la Italia, cuando el indolente Galieno se apartó del seno de los deleites, y comprando una tropa de herulos, á cuyo jefe concedió las insignias consulares salió, al encuentro de los invasores.

Pero la indisciplina del ejército romano y las disensiones que estallaron en sus filas permitieron á los godos retirarse á las naves que les habian quedado, devastar las riberas del punto donde fué Troya, y despues ir á Tracia á descansar de sus fatigas. En tiempo de Aureliano se les vió salir de nuevo de aquellas playas y de la Ukrania para presentarse delante del emperador en regular batalla, mas como quedara la victoria indecisa resultó un tratado de paz de todo. Obligáronse los godos á suministrar dos mil ginetes al ejército romano á condicion de poder retirarse sin ser inquietados, dejando por rehenes los hijos de los principales de ellos. Aureliano hizo que se les educara en arreglo á su sexo y categoría, luego casó á las jóvenes con sus oficiales de graduacion más elevada para consolidar la union entre ambas naciones. Por su parte llamó á la Dacia á las guarniciones que fueron á reforzar el lado meridional del Danubio, á la par que los vándalos y los godos invadieron el país abandonado, donde aprendieron de los colonos, que habian preferido no abandonar aquel punto, algunas de las artes de la paz, conservaron relaciones de comercio con la otra ribera del rio, y sirvieron de barrera contra nuevas irrupciones.

Poco despues los ostrogodos tuvieron un héroe en Hermanrico, vástago de la raza de los Amalos. De una edad ya madura cuando se entregó á los combates, obligó ó persuadió á las tribus independientes á que le aceptaran por soberano. Contentáronse los reyes de los visogodos con el título de jueces, y marchando él hácia el Norte redujo doce naciones á su obediencia; avasalló á los herulos establecidos en derredor del Ponto Euxino, á pesar de su denuedo, y de sus fuerzas de infanteria; aconteció lo propio con los venetos, que más numerosos que robustos, poblaban las llanuras donde existió y tornará á alzarse Polonia. Los estienos de la lejana costa del Báltico, que aún conserva el nombre de Estonia, á quienes enriquecían la agricultura y la pesca del ambar, fueron también sometidos por Hermanrico, que imperó sobre todo el país entre el Báltico y el Danubio. Desgraciadamente para su gloria habia nacido entre pueblos iliteratos, que dejaron perecer el recuerdo de expediciones que hubieran podido sostener el paragon con las de Alejandro.

Así como los godos procedian del Este, una segunda invasion salió del Noroeste de la Germania. Algunos creen que la porcion de los germanos que designa Tácito con el nombre de istevones, y que comprendia la confederacion de los cheruscos, de los sicambros, de los chaucios, de los catos y de los brúcteros, tomó hácia esta época el nombre de francos (240). Favorece esta opinion la circunstancia de verlos divididos en dos pueblos, los salios y ripuarios, subdivididos también en otros muchos de menor importancia. Cuéntase que decadentes los cheruscos despues de Arminio y obligados á ponerse bajo la proteccion de los catos, se restablecieron poco á poco, y habiendo recuperado el territorio próximo al Rhin, reconquistaron su preeminencia en la confederacion. Entonces hubo de ser cuando tomaron el nombre de salios, del Saale, ó mas bien del Issel (Sala ó Isala), uno de los trozos del Rhin, para distinguirse de los otros que habian tomado su nombre de la Franconia, ó lo habian dado á esta comarca, pero de los cuales habia adoptado una parte el nombre de ripuarios, porque moraban á orillas del Rhin.

Esta confederacion debió comprender á los

chamavos, á los tubantos, á los brúcteros, á los divicinos, á los amsvaros, á los catos, á los atuarios y á otros, teniendo todos probablemente sus príncipes particulares, si bien unidos entre sí en la misma liga. Tal estado de cosas se mantuvo hasta los tiempos de Clodion y de Clovis.

Otros hacen de los francos un pueblo distinto de los germanos, porque se cortaban sus cabellos y se servían en la guerra de la francisca, especie de hacha á la que apenas hace dos siglos que se ha renunciado mas allá del Báltico. Segun ellos esta nacion habitaba la Dinamarca, y quizá los países á la orilla derecha del Elba, que forman actualmente los ducados de Holstein y de Lauemburgo con una parte del Mecklemburgo; habiéndose adelantado en seguida entre el Elba y el Weser, luego hasta el Rhin, hubieron de dar su nombre á los diferentes pueblos que sometieron ó se agregaron.

Orgullosos, de feroz bravura, atrevidos hasta la temeridad, faltos de buena fé, de una hospitalidad generosa, «son, dice Libanio, mas terribles por su denuedo que por su número; no ménos valientes por mar que por tierra, menospreciando las intemperies, considerando la guerra como su elemento, la paz como una calamidad, el reposo como una esclavitud. Nada les contiene si salen vencedores; si son vencidos se rehacen en seguida sin dejar siquiera al enemigo tiempo para quitarse el casco de la cabeza.»

Hablaban un dialecto del teuton; eran de colosal estatura; llevaban sus cabellos rojos unidos sobre la frente; se afeitaban la nuca y el rostro, excepto los bigotes bien peinados; de color verde blanquinoso los ojos, blanca la pupila y fulgurante como el agua; se cubrían con túnicas de piel que apenas les llegaban á la rodilla, y ajustadas al talle por un ancho cinturón de donde colgaba una pesada espada. Cubiertos con un grande escudo, se complacían en hacer dar vueltas y en arrojar la francisca, señalando el punto en que darían precisamente, y á qué profundidad penetraría el hierro en el cuerpo del enemigo, sobre el cual se lanzaban á veces á saltos.

Este es el pueblo que entre las demas naciones bárbaras conservó por más largo tiempo

sus conquistas y se mantuvo con más pujanza, pues ocupó el más hermoso de los reinos que se formaron de los restos del imperio, le conservó bajo los Carlovingios y luégo lo recuperó en los tiempos modernos.

Pasaron el Rhin en tiempo de Galieno é invadieron las Galias. No defendieron contra su empuje los Pirineos á España, intacta hasta entonces, que cubrieron de ruinas hasta Tarra-gona. Llegando á la sazón á orillas del mar se trasladaron á Mauritania, desde donde tornaron á sus selvas cargados con un botín inmenso.

A menudo recurrieron los usurpadores á aquellos aliados infieles, hasta el momento que Aureliano los repelió hasta más allá del Rhin. Muy poco tardaron en pasarle de nuevo; y aunque Probo triunfó de ellos, nunca llegó á dominar su fiereza. Dieron una solemne prueba de su audacia cuando desde las orillas del Euxino, á donde este emperador les había confinado, no temieron aventurarse en frágiles buques al Bósforo de Tracia y al Mar Egeo. Desembarcando en muchos puntos del Asia Menor y de la Grecia, saquearon el país, sorprendieron á Siracusa é hicieron una excursión en Africa; cruzando despues el estrecho volvieron á ganar la germania por el Océano; viaje apenas creíble para todo el que ignore cuánta audacia inspira la navegacion del pirata.

Se les veía caer con la velocidad del rayo sobre las costas de la Armórica y de la Bégica, saquearlas y alejarse. Más tarde, cuando Carausio se sirvió de ellos para usurpar la Bretaña, dotados de más audacia ocuparon totalmente la Isla de los Bátavos. Allí fueron vencidos por Constancio Chloro y trasladados á lo largo del Rhin, si bien se mostraron todavía más terribles á Constantino y á Crispo.

Además tenía que combatir Roma á otra confederacion ó nacion principal, la de los alemanes; no hallándose en Tácito su nombre como el de los francos, se ha supuesto que designaba una liga de *hombres de todas clases*, que hubo de formarse posteriormente. El país al Norte de la region reniana, entre la ribera oriental del Rhin y la orilla meridional del Mein, estaba tan desguarnecido de habitantes, que los romanos no habian cubierto aquel lado de fortificaciones desde *Vindonissa* hasta Maguncia. Allí vivían errantes los suevos, que habian hecho frente á

Julio César con Ariovisto. Cuando fueron derrotados siguieron algunos las banderas enemigas y se fijaron en la Galia á la orilla izquierda del Rhin, como los vangrones, los tribocios, los nemetos, antepasados de los pueblos de Worms, de Estrarburgo y de Espira; repasando otros el rio se detuvieron á la orilla derecha, dilatándose por la comarca que riegan el Necker, el Mein y el Lhan.

Expulsados los boios por Marabod, así como otros celtas, retos, usipios, teucteros, se asociaron á ellos para acometer la tentativa de libertarse del yugo romano; de su mezcla se formó el gran pueblo de los alemanes, quizá en tiempo de Marco Aurelio. Presentáronse con este nombre por primera vez á orillas del Mein durante el reinado de Caracalla, quien despues de haber conducido un ejército contra ellos, fundó en su país *Aqua Aurelienses*, y les cobró tanto afecto, que, no contento con escoger entre ellos sus guardias, imitó su vestidura y su blonda cabellera.

Aun cuando no osaran traspasar las barreras de los romanos, no cesaron de inquietar las fronteras de la Galia, donde se ofrecían á sus ojos comarcas opulentas; atravesando posteriormente varios de ellos el Danubio, bajaron por los Alpes Réticos á Italia, donde se adelantaron hasta los muros de Rávena; la aproximacion del ejército romano les obligó á la retirada, si bien se llevaron consigo una pingüe presa.

Otra vez trescientos mil de ellos llegaron hasta cerca de Milan, y se cuenta que Galieno los derrotó con un corto número de soldados; pero este aserto se halla desmentido por la necesidad en que aparece haberse encontrado este emperador de casarse con la hija del rey de los marcomanos, á fin de obtener la paz.

En el momento que Aureliano estaba ocupado con los godos en los confines de la Iliria, empuñaron de nuevo las armas los alemanes é invadieron la Retia con cuarenta mil ginetes y doble número de infantería; entonces se aumentó su falange y devastaron el país desde el Danubio hasta el Pó. Pero el emperador los cortó la retirada con una hábil maniobra, envolviéndolos de tal manera, que los obligó á entrar en acomodos.

Aureliano desplegó ante sus embajadores toda la majestad romana. Alineadas las legio-

nes en silencio, permanecieron sobre las armas; los principales oficiales con las insignias de su grado rodeaban el trono, detrás del cual se elevaban sobre las puntas de las lanzas, las efigies de los emperadores, las águilas de oro y los títulos de las legiones. El emperador, cuyo continente majestuoso infundía respeto, les echó en cara su perfidia, y les intimó rendirse á discrecion, so pena de merecer todo su rigor.

Pero apenas le llamaron á otro punto las necesidades urgentes del momento, abrieron brecha los alemanes en derechura sobre Italia, talándola hasta Milan, y diseminándose en pequeños cuerpos por los valles del Adda y del Tesino. Deshicieron á los romanos á las inmediaciones de Plasencia, si bien llevaron la peor parte en Fano; puestos con posterioridad en completa derrota junto á Pavia, evacuaron la Italia. Esta invasion súbita advirtió Aureliano de lo indispensable que era rodear de murallas á Roma que desde entonces estaba obligada á defenderse sobre el Tiber, no sobre el Eufrates ó el Volga.

El poderío que adquirieron los alemanes, hizo que se extendiera su nombre á todos los germanos que no formaban parte de la liga de los francos; de donde se sigue que á menudo eran designados unos por otros alemanes y germanos, por lo cual es imposible distinguir las expediciones de éstos y de aquéllos. Entonces parece haberse acercado á ellos los burgundos y ocupado parte de la actual Franconia; de aquí las sangrientas guerras en que acabaron por sucumbir los alemanes. Adelantáronse á la sazón los vencedores hácia el Mein y el Rhin, secundados por los romanos deseosos de contener á aquellos alemanes, que no respetaban de ningun modo el límite impuesto á sus excursiones.

Aún tendremos que ocuparnos de éstos en el curso de este relato, en cuanto nos lo permita la inexactitud de los cronistas, segun los cuales resulta que jamás se consagraron en un solo cuerpo de nacion, y fueron los últimos entre los germanos que abandonaron la vida pastoril y errante, por sentirse ménos inclinados á fijarse que á extenderse en las provincias romanas. Con efecto, á principios del V siglo ocupaban la Suiza Alemana y las riberas del Rhin hasta la confluencia del Lahn; luego del

otro lado del Mosela llegaban hasta el territorio de los burgundos y se engolfaban en las Galias hasta los Vosgos.

Colocando Diocleciano un emperador y una corte junto á la misma frontera de semejantes enemigos, logró tenerlos á raya. Constancio invadió el territorio de los francos y estorbó á los alemanes lanzarse sobre las Galias; pero muchas hordas de sármatas, de carpos, de bastarnos, consiguieron establecerse en las provincias desguarnecidas de habitantes. Si la vanidad romana se lisonjeaba de ello y lo aplaudía una política de estrechas miras, no es ménos cierto que el imperio acogió de este modo en su seno á la serpiente que debía destrozarlo.

Mucho dieron que hacer los francos á Constantino, quien ejerció contra ellos á las legiones destinadas á hacerle soberano del mundo, é instituyó los juegos fráncicos en memoria de los triunfos alcanzados sobre ellos. Crispo, su hijo, se hizo formidable á los ojos de aquellos pueblos, como también á los de los alemanes; hizo en persona la guerra á los godos, quienes despues de haber rehecho sus fuerzas en el curso de una larga paz, se habían unido á los sármatas de Palus-Meotidas. Habiendo devastado la Iliria se vieron obligados á emprender una retirada vergonzosa. Constantino los persigió hasta su país, pasando el Danubio por el puente de Trajano, que mandó repasar sin tardanza. Reducidos los godos á implorar la paz se comprometieron á proporcionarle cuarenta mil soldados.

Vecinos ménos peligrosos tenía en Africa el imperio; pasando sus moradores del yugo de Cartago al de Roma, vivían, ya que no dóciles, tranquilos. En tiempo de Calígula había sido reducida á provincia la Mauritania. Fueron fundadas colonias en tiempo de Claudio junto al límite del gran desierto, donde se construyó la ciudad de Sale, tan adelante en las tierras del actual país de Marruecos, que eran asaltadas á menudo por tropas de elefantes salvajes. Se puede decir, pues, que los romanos ocupaban todo el territorio habitable del Africa Septentrional, porque penetraron muchas veces hasta las gargantas del Atlas. Los berberos, los getulios, los moros, se lanzaban al desierto á ejercer sus rapiñas ó cultivaban los oasis, y no podían ser dominados por carecer

de habitaciones fijas. Sacaban de ellos los romanos los frutos del naranjo y del limonero, la púrpura que recogían en sus rocas, los animales destinados á los espectáculos del anfiteatro, el marfil y los esclavos de la Nigricia.

Pero cuando la opresión y el ominoso peso de los impuestos disminuyeron la población en los países sumisos á Roma, abandonando moros y getulios el desierto ó las gargantas del Atlas, llegaron á apacentar sus rebaños en los campos abandonados; saqueando y huyendo alternativamente se creían obligados á vengar como un ultraje los suplicios que les imponía una autoridad no reconocida por ellos. Su audacia subió de punto á medida que decreció el poder romano, y fueron rechazando poco á poco la civilización hácia las costas. Ya al principio del IV siglo habían tomado posición algunos príncipes moros á la falda del Atlas, así como en la comarca comprendida entre el desierto y Cartago. Roma podía perder una porción de su territorio; pero como aspiraban ménos á las conquistas que á la independencia, tenía ella poco que temer de sus amenazas.

Otros bárbaros rodeaban el Egipto, tales como los moros nasamonos junto á la orilla occidental y los árabes junto á la orilla oriental del Nilo; pero la Nubia y la Abisinia no estaban bajo la dominación de los romanos, quienes frecuentemente no podían hacerse obedecer en la Tebaida de la generación nueva, y para ellos extraña, de los solitarios.

Muchas veces habían intentado los romanos avasallar la gran península arábiga; pero si se jactaron de algunos triunfos, descubrieron en realidad que la naturaleza no había hecho aquellos pueblos para el yugo ni para una nación estable. Habíanse, pues, contentado con servirse de ellos para comerciar con la India, y ya daban el nombre de sarracenos á intrépidos bandidos que llegaban del desierto á infestar la Siria. Tomaban á veces á sueldo algunas tropas de sus ginetes, sin iguales en el mundo, por el ardor infatigable y por la docilidad de los caballos. Pero no creían tener que temer más que pequeñas escursiones por parte de un pueblo que, apesar de todo, debía conquistar en breve en el discurso de ochenta años más territorio que había conquistado Roma en ocho siglos.

Palmira había perdido con la libertad aquel esplendor y aquella prosperidad que la habían hecho maravilla del Oriente. Se habían enseñoreado los partos de Armenia, y habiendo encumbrado al trono de Artaxato un vástago de los Arsácidas, se hallaban de este modo en contacto con el imperio; pero cuando el predominio de la raza persa tornó á someterlos á la coyunda, Armenia recuperó su independencia y se unió con los vínculos de la religión á los romanos.

CAPITULO III

Constantino

Vencedor de Licinio, se encontraba Constantino señor del mundo y podía ya ejecutar los proyectos meditados hácia mucho tiempo. Una política nueva había restablecido el orden en el imperio y debía darle una nueva capital de consiguiente. Roma hacia entonces memoria de su antigua grandeza; pero ¡cuán humillada debía sentirse al ver cómo se imponían emperadores extranjeros á sus recuerdos gloriosos; al ver en seguida á Diocleciano trasladar á otra parte la verdadera sede de la autoridad, y, por último, á sus sucesores permanecer lejos de ella años enteros y aún toda la vida! Mientras residieron en Roma los emperadores, se mecía el pueblo con aquella sombra de autoridad que se lisonjeaba de reconquistar cuando les veía mendigar su favor con la afabilidad, con liberalidades y juegos, ó cuando bajo los balcones del palacio ó en el recinto del teatro aprobaba con sus aplausos, ora una acción, ora una ley, ó protestaba contra ella á silbidos.

Ya habían cambiado los tiempos. Diocleciano había convertido en una corte oriental la corte de Augusto, tan frugal antiguamente; había depuesto la toga, que disimulaba aún la tiranía, poniendo entre los súbditos y el príncipe el abismo abierto entre ellos en Asia por el hábito de la servidumbre. No se trataba, pues, de granjearse la voluntad de la multitud, de vencer al Senado, de respetar los usos nacionales, sino de deslumbrar con el fausto y de intimidar con la fuerza.

Acostumbradas á servir las provincias, se doblegaron á la nuevapolítica fácilmente. Pero á

cualquier lado que volviera los ojos el romano hallaba recuerdos de otra especie: sobre el Aventino, en el Foro, en el Capitolio se presentaban á su vista la sombra de los Gracos, la figura austera de Catón, el puñal de Bruto; ínterin residía un emperador en la Ciudad Eterna estaba obligado á usar, respecto de la majestad del Senado y de la familiaridad del pueblo, miramientos que, no hallándose en relación con las nuevas instituciones, repugnaban á príncipes acostumbrados á la dócil obediencia de las legiones y de las provincias.

Por otra parte quería Constantino apoyar su nueva política en una religión nueva. Roma podía considerarse entonces como metrópoli del politeísmo, no porque tuviera un centro, una unidad para las antiguas creencias, sino porque á contar desde su fundador había acogido una serie de tradiciones paganas, á que se enlazaban tanto sus victorias como el orgullo de sus victoriosos días; hubiérase dicho que el Júpiter Capitolino amenazaba desde lo alto de su incontrastable roca á todo el que osara violar sus altares. Allí habían llevado sus supersticiones los diversos aventureros de todos los países del mundo. Era como un campo de espinos en que la planta nueva no podía desarrollarse con holgura.

Además, todo acto público debía ser consagrado con ceremonias religiosas en virtud del origen sacerdotal del gobierno patricio; se preludiaban las asambleas con sacrificios; alzabase en el Senado la estatua de la Victoria; las solemnidades llamaban al emperador unas veces al circo, otras á los templos, y proponiéndose Constantino, ora por cálculo, ora por convencimiento, abolir la antigua creencia, experimentó hácia aquellos profanos usos una repugnancia, que no trató de encubrir con las artes del disimulo. Viéronle el pueblo y los patricios con no ménos despecho que escándalo, menospreciar lo que tenían por sagrado; pero lejos de cobrar susto por ello, resolvió apartarse de aquella raza cuyas orgullosas pretensiones igualaban á su vileza, y trasladar la sede del imperio á un punto donde no hubiera que arrostrar recuerdos, que cumplir ritos, ni que venerar sepulcros.

Convenía escoger aquel lugar en que la salubridad del clima se juntara á la facilidad de